

potencia asiática. Y véase aquí por qué la Rusia rehuye la guerra; y véase aquí por qué la Inglaterra quiere la guerra; y la guerra, señores, hubiera estallado si no hubiera sido por la debilidad crónica de la Francia, que no quiso seguir en esto á la Inglaterra; si no hubiese sido por la prudencia austriaca, y si no hubiese sido por la sagacísima prudencia de la diplomacia rusa. Por esto, señores; porque la Rusia no ha querido, porque no ha podido querer la guerra, es por lo que la guerra no ha estallado con motivo de la cuestión de los refugiados en Turquía.

No se crea por esto, sin embargo, que yo soy de opinión que nada tiene que temer la Europa de la Rusia; creo todo lo contrario; pero creo que, para que la Rusia acepte una guerra general; que, para que la Rusia se apodere de la Europa, son necesarios antes estos tres acontecimientos que voy á decir, todos los cuáles, adviértase esto, señores, son no sólo posibles, sino también probables.

Se necesita: primero, que la revolución, después de haber disuelto la sociedad, disuelva á los ejércitos permanentes; segundo, que el socialismo, despojando á los propietarios, extinga el patriotismo; porque un propietario despojado no es patriota, no puede serlo; cuando la cuestión viene planteada de esa manera suprema y congojosa, no hay patriotismo en el hombre; tercero, el acabamiento de la empresa de la confederación poderosa de todos los pueblos esclawones bajo la influencia y el protectorado de la Rusia. Las naciones esclawonas cuentan, señores, 80.000.000 de habitantes. Ahora bien, cuando en la Europa no haya ejércitos permanentes, habiendo sido disueltos por la revolución; cuando en la Europa no haya patriotismo, habiéndose extinguido por las revoluciones socialistas; cuando en el Oriente de Europa se haya verificado la gran confederación de los pueblos esclawones; cuando en el Occidente no haya más que dos grandes ejércitos, el ejército de los despojados y el ejército de los despojadores, entonces, señores, sonará en el reloj de los tiempos la hora de la Rusia;

entonces la Rusia podrá pasearse tranquila, arma al brazo, por nuestra patria; entonces, señores, presenciara el mundo el más grande castigo de que haya memoria en la historia; ese castigo tremendo será, señores, el castigo de la Inglaterra. De nada le servirán sus naves contra el Imperio colosal que con un brazo cogerá la Europa y con el otro cogerá la India; de nada le servirán sus naves: ese Imperio colosal caerá postrado, hecho pedazos; y su lúgubre estertor y su penetrante quejido resonará en los polos.

No creáis, señores, no creáis que las catástrofes acaban ahí; las razas esclawonas no son á los pueblos de Occidente lo que eran las razas alemanas al pueblo romano; no, las razas esclawonas están hace mucho tiempo en contacto con la civilización, son razas semicivilizadas; la administración rusa es tan corrompida como la administración más civilizada de Europa, y la aristocracia rusa tan civilizada como la aristocracia más corrompida de todas. Ahora bien, señores: puesta la Rusia en medio de la Europa conquistada y prosternada á sus pies, ella misma absorberá por todas sus venas la civilización que ha bebido y que la mata. La Rusia no tardará en caer en putrefacción; entonces, señores, no sé yo cuál será el cauterio universal que tenga Dios preparado para aquella universal podredumbre. Contra esto, señores, no hay más que un remedio, no hay más que uno: el nudo del porvenir está en Inglaterra; en primer lugar, señores, la raza anglo-sajona es la más generosa, la más noble y la más esforzada del mundo; en segundo lugar, la raza anglo-sajona es la que menos expuesta está al ímpetu de las revoluciones: yo creo más fácil una revolución en San Petersburgo que en Londres. ¿Qué le falta á la Inglaterra para impedir la conquista inevitable de toda la Europa por la Rusia? ¿Qué le falta?

Lo que le falta es evitar lo que la perdería: la disolución de los ejércitos permanentes por medio de la revolución; es evitar en Europa el despojo por medio del socialismo; es decir, señores, lo que le falta es tener una política exterior, monárquica

y conservadora; pero aun esto no sería más que un paliativo: la Inglaterra siendo monárquica, siendo conservadora, puede impedir la disolución de la sociedad europea hasta cierto punto y por cierto tiempo; porque la Inglaterra no es bastante poderosa, no es bastante fuerte para anular, y era necesario anular la fuerza disolvente de las doctrinas propagadas por el mundo: para que al paliativo se añadiera el remedio, era necesario, señores, que la Inglaterra, además de conservadora y monárquica, fuera católica; y lo digo, señores, porque el remedio radical contra la revolución y el socialismo no es más que el catolicismo, porque el catolicismo es la única doctrina que es su contradicción absoluta. ¿Qué es, señores, el catolicismo? Es sabiduría y humildad. ¿Qué es el socialismo, señores? Es orgullo y barbarie; el socialismo, señores, como el rey babilónico, es rey y bestia al mismo tiempo. (*Risas y grandes aplausos.*)

Señores, el Congreso habrá extrañado que al hablar yo de los peligros que amenazan á la sociedad y al mundo, no haya hablado de la nación francesa. Señores, hay una causa para esto; la Francia era poco hace una gran nación; hoy día, señores, no es ni una nación siquiera; es el club central de la Europa. (*¡Bien, bien!*)

Así, señores, queda demostrado: primero, que las cuestiones económicas no son, ni deben ser, ni pueden ser las más importantes de todas; segundo, que no ha llegado aquel estado de tranquilidad y de seguridad en que podamos dedicarnos á ellas exclusivamente. Voy, señores, ahora á combatir el tercero y último error, que consiste en afirmar que las economías son, no solamente posibles, sino fáciles.

Señores, el Congreso me permitirá que ahora, como antes, diga la verdad, nada más que la verdad; pero toda la verdad con la franqueza y la buena fe que me caracteriza. No habrá ningún señor diputado que ponga en duda este axioma; que los gobiernos, aun aquellos que mayores ventajas ofrecen, ofrecen á vuelta de esas ventajas algunos inconvenientes, y al revés; que aun los gobiernos que presentan mayores inconve-

nientes, á vuelta de esos mismos inconvenientes ofrecen también algunas ventajas; y por último, que no hay gobiernos inmortales.

En este sitio yo puedo hablar con toda libertad de las ventajas y de los inconvenientes y hasta de la muerte de los gobiernos: porque todos tienen sus inconvenientes, sus ventajas, y todos mueren.

Pues bien, señores; yo digo que á vuelta de los gravísimos inconvenientes que tienen los gobiernos absolutos, tienen una gran ventaja, y es que son gobiernos relativamente baratos; y yo digo que, á vuelta de las grandes ventajas que tienen los gobiernos constitucionales tienen un gravísimo inconveniente, y es que son carísimos. No conozco ninguno más caro sino el republicano. Y arguyendo por analogía, es fácil prever la suerte de cada uno de estos gobiernos. Yo digo, señores, que lo más probable es que todos los gobiernos absolutos en donde existan, perecerán por la discusión; que todos los gobiernos constitucionales en donde existan perecerán por la bancarrota. Esta es mi convicción íntima, señores; yo hago á los señores diputados depositarios de mis convicciones. Hay un solo medio, señores, de hacer reformas y grandes reformas económicas: ese solo medio es el licenciamiento ó el casi licenciamiento de los ejércitos permanentes. Esto, señores, podría librar á los gobiernos por algún tiempo de la bancarrota; pero ese licenciamiento sería la bancarrota de la sociedad entera; porque, señores, y aquí llamo vuestra atención, los ejércitos permanentes son hoy los únicos que impiden que la civilización vaya á perderse en la barbarie; hoy día, señores, presentamos un espectáculo nuevo en la historia, nuevo en el mundo: ¿cuándo, señores, cuándo ha visto el mundo, sino hoy, que se vaya á la civilización por las armas, y á la barbarie por las ideas? Pues esto es lo que está viendo el mundo en la hora en que estoy hablando. (*Aplausos.*)

Este fenómeno, señores, es tan grave, es tan peregrino, que exige alguna explicación por mi parte. Toda civilización ver-

dadera viene del cristianismo. Es esto tan cierto, que la civilización toda se ha reconcentrado en la zona cristiana: fuera de esa zona no hay civilización, todo es barbarie; y es esto tan cierto, que antes del cristianismo no ha habido pueblos civilizados en el mundo, ni uno siquiera.

Ninguno, señores: digo que no ha habido pueblos civilizados, porque el pueblo romano y el pueblo griego no fueron pueblos civilizados; fueron pueblos cultos, que es cosa muy diferente. La cultura es el barniz, y nada más que el barniz de las civilizaciones. El cristianismo civiliza al mundo, haciendo estas tres cosas: ha civilizado al mundo, haciendo de la autoridad una cosa inviolable; haciendo de la obediencia una cosa santa; haciendo de la abnegación y del sacrificio, ó, por mejor decir, de la caridad, una cosa divina. De esa manera el cristianismo ha civilizado á las naciones. Ahora bien (y aquí está la solución de ese gran problema), ahora bien: las ideas de la inviolabilidad de la autoridad, de la santidad de la obediencia y de la divinidad del sacrificio, esas ideas no están hoy en la sociedad civil; están en los templos donde se adora al Dios justiciero y misericordioso, y en los campamentos donde se adora al Dios fuerte, al Dios de las batallas, bajo los símbolos de la gloria. Por eso, porque la Iglesia y la milicia son las únicas que conservan íntegras las nociones de la inviolabilidad de la autoridad, de la santidad de la obediencia y de la divinidad de la caridad; por eso son hoy los dos representantes de la civilización europea.

No sé, señores, si habrá llamado vuestra atención, como ha llamado la mía, la semejanza, cuasi la identidad entre las dos personas que parecen más distintas y más contrarias: la semejanza entre el sacerdote y el soldado; ni el uno ni el otro viven para sí: ni el uno ni el otro viven para su familia; para el uno y para el otro, en el sacrificio, en la abnegación está la gloria. El encargo del soldado es velar por la independencia de la sociedad civil. El encargo del sacerdote es velar por la independencia de la sociedad religiosa. El deber del sacer-

dote es morir, dar la vida como el buen pastor por sus ovejas. El deber del soldado, como buen hermano, es dar la vida por sus hermanos. Si consideráis la aspereza de la vida sacerdotal, el sacerdocio os parecerá, y lo es, en efecto, una verdadera milicia. Si consideráis la santidad del ministerio militar, la milicia cuasi os parecerá un verdadero sacerdocio. ¿Qué sería del mundo, qué sería de la civilización, qué sería de la Europa si no hubiera sacerdotes ni soldados? (*Aplausos prolongados.*) Y en vista de esto, señores, si hay alguno que después de expuesto lo que acabo de exponer, crea que los ejércitos deben licenciarse, que se levante y lo diga. Si no hay ninguno, señores, yo me río de todas vuestras economías, porque todas vuestras economías son utopías. ¿Sabéis lo que pretendéis hacer cuando queréis salvar la sociedad con vuestras economías sin licenciar el ejército? Pues lo que pretendéis hacer, es apagar el incendio de la nación con un vaso de agua. Eso es lo que pretendéis. Queda, pues, demostrado, como me propuse demostrar, que las cuestiones económicas no son las más importantes; que no ha llegado la ocasión de tratarlas aquí exclusivamente, y que las reformas económicas no son fáciles, y, hasta cierto punto, no son posibles.

Y ahora, señores, habiendo algunos oradores dicho al Congreso que votando por esa autorización se vota contra el Gobierno representativo, yo me dirigiré á esos señores diputados, y les diré: ¿queréis votar por el Gobierno representativo? Pues votad por la autorización que se os pide por el Gobierno; votadla, porque si los gobiernos representativos viven de discusiones sabias, mueren por discusiones interminables. Un gran ejemplo os ofrece, señores, la Alemania, si es que la experiencia, si es que los ejemplos han de servir de algo. Tres Asambleas constituyentes ha tenido la Alemania á un tiempo mismo: una en Viena, otra en Berlín, otra en Francfort. La primera murió por un decreto imperial: un decreto real mató á la segunda: y en cuanto á la Asamblea de Francfort, esta Asamblea, compuesta de los sabios más emi-

— nentes, de los más grandes patricios, de los filósofos más profundos, ¿qué se hizo de ella? ¿Qué fué de aquella Asamblea? Jamás el mundo vió un Senado tan augusto y un fin más lamentable: una aclamación universal le dió vida: un silbido universal le dió muerte.

— La Alemania, señores, la alojó como una divinidad en un templo, y esa misma Alemania la dejó morir como una prostituta en una taberna. (*Muy bien.*)

— Esa, señores, es la historia de las asambleas alemanas. ¿Y sabéis por qué murieron así? Yo os lo diré. Murieron así, porque ni dejaron gobernar ni gobernaron; murieron así, porque después de más de un año de discusión nada salió, ó salió humo sólo de sus interminables discusiones.

— Señores, ellas aspiraron á la dignidad de reinas: Dios las hizo estériles, y las quitó hasta la dignidad de madres. ¡Diputados de la nación, mirad por la vida de las asambleas españolas! Y vosotros, señores de la oposición conservadora, yo os lo pido, mirad también por vuestro porvenir: mirad, señores, por el porvenir de vuestro partido. Juntos hemos combatido siempre; combatamos juntos todavía. Vuestro divorcio es sacrilego; la patria os pedirá cuenta de él en el día de sus grandes infortunios. Ese día quizá no está lejos; el que no lo vea posible, padece una ceguera incurable. Si sois belicosos, si queréis combatir aquí, guardad para ese día vuestras armas. No precipitéis, no precipitéis los conflictos. Señores, ¿no le basta á cada hora su pena, á cada día su congoja y á cada mes su trabajo? Cuando llegue ese día de la tribulación, la congoja será tanta, que llamaremos hermanos aun á aquellos que son nuestros adversarios políticos: entonces os arrepentiréis, aunque tarde tal vez, de haber llamado enemigos á los que son vuestros hermanos.

— (*El orador se sienta en medio de prolongados y repetidos aplausos y de numerosas felicitaciones.*)

DISCURSO

SOBRE

LA SITUACIÓN DE ESPAÑA

PRONUNCIADO EN EL CONGRESO EL 30 DE DICIEMBRE DE 1850

AL DISCUTIRSE EL PROYECTO DE AUTORIZACIÓN AL GOBIERNO PARA PLANTEAR
LOS PRESUPUESTOS DEL SIGUIENTE AÑO